

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Entre el acceso, el consumo y la apropiación.

Sebastián Benítez Largh.

Cita:

Sebastián Benítez Largh (2009). *Entre el acceso, el consumo y la apropiación. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/230>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Entre el acceso, el consumo y la apropiación

Mg. Sebastián Benítez Largh

sbenitez@fsoc.uba.ar

1. Introducción.

El presente trabajo problematiza distintas categorías analíticas utilizadas en el abordaje de las prácticas y representaciones de las clases populares en torno a las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC). Para ello se confrontarán los conceptos de acceso, consumo y apropiación delimitando sus implicancias teórico-metodológicas. Asimismo, se analizará críticamente la noción de “brecha digital” poniendo en evidencia los presupuestos epistemológicos y políticos que esta categoría acarrea. Finalmente, se plantearán algunas hipótesis inherentes al vínculo establecido entre las clases populares y las TIC a partir del estudio de un caso concreto signado por la mediación de la acción colectiva.

2. Los usos de la apropiación

Si bien ya desde sus comienzos, los estudios de las TIC nunca ignoraron el rol activo de los usuarios, dado que su manipulación era evidente, los análisis se limitaron, en un primer momento, a las interacciones en el ciberespacio como experiencias paralelas al mundo real obviando la influencia de las dimensiones de la vida cotidiana en todo proceso de apropiación. Luego, desde hace aproximadamente una década, a pesar de que esta tendencia comenzó a ser revertida otorgando más peso a la contextualización y a las conexiones entre el mundo *on line* y el mundo *off line*, persistió la impronta dominante de atribuir a la tecnología una capacidad de transformación de la vida cotidiana por sí misma entendiendo, en consecuencia, que la apropiación de las TIC se limita al dominio de las competencias digitales y siempre supone un proceso que está determinado por las posibilidades que brinda la tecnología y no por las posibilidades de los sujetos. De esta forma, bajo este enfoque se suele hablar de la “influencia”, del “impacto” y de los “efectos” de las TIC en la vida cotidiana limitando la capacidad de los sujetos a su “uso” y “consumo”.

Pues bien, en una clara ruptura epistemológica respecto a este paradigma, nosotros preferimos situarnos en el estudio de los procesos de apropiación tecnológica para analizar de qué manera los sujetos interpretan a los objetos y le otorgan sentidos a partir de sus contextos sociales, culturales y biográficos particulares. En este sentido, sostenemos que el agente de cambio no es la tecnología en sí misma, sino los usos y la construcción de sentido alrededor de ella (Hine, 2004). Por lo tanto, preferimos utilizar el concepto de *apropiación*, entendida como el proceso material y simbólico de interpretación y dotación de sentido respecto a un determinado artefacto cultural por parte de un grupo social, por sobre los de uso y consumo. Mientras que las categorías de “uso” y de “consumo” presuponen que las posibilidades de acción vienen predeterminadas y cerradas en las propias tecnologías, el concepto de apropiación pone el énfasis en la capacidad de los sujetos para volverlas significativas de acuerdo a sus propios propósitos. En líneas generales, asumimos la perspectiva de la *hermenéutica profunda de la vida cotidiana* de Ricoeur retomada por Thompson (1998) que entiende por *apropiación* al proceso de comprensión y autocomprensión que hacen los individuos al interpretar e incorporar las formas simbólicas mediáticas.¹ Para Thompson, la apropiación de los medios de comunicación se realiza siempre de manera situada (ya sea esta situación la vida cotidiana, el trabajo o cualquier otro escenario). De esta forma, los medios son siempre incorporados desde un universo de sentido que los precede quedando, por lo tanto, subordinados a

¹ “Apropiarse de un mensaje consiste en tomar su contenido significativo y hacerlo propio (...) al arraigar un mensaje e incorporarlo rutinariamente a nuestras vidas, nos implicamos en la construcción del sentido del yo, de quiénes somos y dónde estamos en el espacio y el tiempo.” (Thompson, 1998: 66-67)

dinámicas que los trascienden. Para ello, se debe indagar el contexto socio histórico particular, la pertenencia socio-cultural de los apropiadores y los universos simbólicos previos propios de cada grupo desde donde se incorporan las TIC. La experiencia de apropiación tiene que ser *socialmente relevante* para el grupo social en términos de su universo simbólico particular, de acuerdo a las necesidades subjetivas de ese grupo que lo llevará o no a reconocer las TIC. El sentido de las TIC se construye de acuerdo al sentido que estas herramientas le hacen al grupo por sus usos concretos, es decir, no viene predeterminado en la tecnología. Por lo tanto, el poder no está en la tecnología en sí sino que se construye socialmente. La apropiación es un *proceso hermenéutico relacional* que implica una socialización con otros y un *proceso habilidoso* ya que requiere el desarrollo de distintas habilidades para poder apropiarse de los medios, tomar su contenido significativo y hacerlo propio. Asimismo, la apropiación es una experiencia que se construye social, histórica y biográficamente, siendo, por lo tanto, diferenciada de acuerdo a la clase social, al género, a la pertenencia generacional y a la biografía personal.

3. TIC y estratificación social: las brechas entre vagabundos y apropiadores

Tal es el peso y la densidad de las mutaciones capitalistas descritas que su impacto en la estratificación social es inevitable. Las relaciones sociales asociadas al modo de desarrollo informacional han producido una redefinición en las jerarquías sociales y en los modos de procesar las distancias entre ricos y pobres. Si bien las tendencias globalizadoras presentes tanto en el ámbito de la producción como en el del consumo, implica un procesos de homogeneización y uniformización del espacio social, las diferencias y desigualdades sociales no desaparecen; pero aún, producto de las mismas fuerzas globalizadoras la polarización social tiende a reforzarse y amplificarse. Diversos autores (Castells, 1998; Bauman, 1999; Sassen, 1999) señalan la aparición de una nueva asimetría entre ricos y pobres en tanto una elite decisoria y poderosa se desliga tanto de los contextos locales en donde actúa como de sus habitantes, es decir, “aparece una nueva asimetría entre la naturaleza extraterritorial del poder y la territorialidad de la “vida en su conjunto”” (Bauman, 1999: 17) En un mundo globalizado, la velocidad y la libertad de movimientos se erigen como los principales factores de estratificación social mientras que la movilidad se convierte en un índice de desigualdad y en estos procesos, las nuevas tecnologías de información y comunicación juegan un rol central. El ajuste del tiempo y el espacio individuales a los patrones espacio-temporales sociales constituye una clave fundamental para la inclusión en los circuitos de sociabilidad dominantes en tanto el acceso a la movilidad global se ha convertido en el más elevado de todos los factores de estratificación. “Lejos de homogeneizar la condición humana, la anulación

tecnológica de las distancias de tiempo y espacio tiende a polarizarla (Bauman, 1999: 28) Para Bauman, esta polarización se expresa en la aparición de dos figuras totalmente dialécticamente antagónicas: los turistas y los vagabundos. En la cima se ubican los turistas, una elite capitalista global formada por accionistas y ejecutivos de corporaciones transnacionales quienes, gozando de una amplia libertad de movimientos, anulan el espacio y viven en el tiempo gracias, entre otras cosas, a las TIC: “En verdad, pocas vivencias de la elite actual implican diferencias entre “aquí” y “allá”, “interior” y “exterior”, “cerca” y lejos”. Con la implosión de las comunicaciones y la reducción del instante a magnitud cero, los indicadores de espacio y tiempo pierden importancia, al menos para aquellos cuyas acciones se desplazan con la velocidad del espacio electrónico” (Bauman, 1999: 21-22) En la base, los vagabundos, están condenados a moverse sin libertad para marcar su camino, “si se lanzan a la ruta, en la mayoría de los casos, su destino es elegido por otros” (Bauman, 1999: 115) En lo más alto de la escala social, los turistas viven en el tiempo, el espacio no rige para ellos, mientras que en lo más bajo, los vagabundos viven en el espacio y en su tiempo nunca pasa nada (Bauman, 1999: 117) Mientras que para los de arriba lo real y lo virtual son inseparables, la virtualidad brindada por los medios de comunicación patentizan para los vagabundos las distancias que siguen siendo inalcanzables en la realidad no virtual.

Como vemos, el desarrollo de las TIC, lejos de producir una igualdad o una democratización de la sociedad, se asienta sobre las desigualdades existentes ayudando, muchas veces, a profundizarlas. Según Castells, la importancia de la comunicación a través de computadoras “aumentará la ventaja estructural de las elites que han determinado su formato en la sociedad emergente” (Castells, 1998: 393) Existe, por lo tanto, una correlación entre la estratificación social y las dinámicas diferenciales y diferenciadoras del acceso y el uso de las TIC. “Es decir, la diferenciación social de la tecnología reproduce fielmente la diferenciación social de la sociedad, incluyendo la diversidad cultural manifestada dentro de los países y entre ellos. La práctica de la tecnología, tal y como se lleva a cabo, define a la sociedad y al mismo tiempo la incorpora. Y la sociedad, construida a partir de la comunicación, reproduce sus divisiones y sus diversos modelos de existencia, en la expansión de sus modos de comunicación en el terreno de la comunicación móvil. (Castells, 2007: 126) Factores de clase, edad, género y etnia determinan una diferenciación social y cultural en el modelo de la comunicación móvil produciendo claras segmentaciones. De esta forma, se (re) produce una estratificación social entre los usuarios no sólo de acuerdo al acceso al equipamiento y la disponibilidad de recursos económicos sino también, y principalmente, en base a las diferencias culturales/educativas, un componente decisivo para utilizar la interacción en provecho de cada usuario. Los conocimientos sobre qué y cómo buscar información en Internet y sobre los mejores

modos para aprovechar las potencias comunicacionales de las TIC de acuerdo a los intereses de cada grupo social constituyen los factores esenciales a la hora de entender el carácter desigual de los procesos de apropiación de las TIC. Ya decía Castells que “el mundo multimedia será habitado por dos poblaciones muy distintas: los interactuantes y los interactuados, es decir, aquellos capaces de seleccionar sus circuitos de comunicación multidireccionales y aquellos a los que se les proporciona un número limitado de opciones preempaquetadas” (Castells, 1998: 404) De allí la necesidad de tener presente las desigualdades en el “mundo real” a la hora de analizar las prácticas relacionadas con el “mundo virtual”. Según García Canclini, la extrapolación de la metáfora de la red propia de las nuevas tecnologías a la estratificación social ha conducido al empleo de términos de “incluidos” e “excluidos” reduce las relaciones sociales pura y exclusivamente a cuestiones de conectividad desdibujando las desigualdades estructurales existentes (García Canclini, 2004) Este alerta resulta de vital importancia a la hora de analizar la cuestión de la llamada brecha digital.

Hoy en día resulta muy común escuchar opiniones acerca de la brecha digital. Editoriales en los diarios, columnistas radiales, especialistas de todo tipo: todos hablan de la “divisoria digital”, del “analfabetismo informático” y cosas por el estilo. Acuñado a fines de los años setenta, el concepto de “Brecha” o “Divisoria Digital” cobró gran auge con la explosión de las TIC en la década del noventa y continúa en nuestros días. Si bien existen diversas acepciones, “la más consensuada es la que define esa brecha como la distancia tecnológica entre individuos, empresas, países y áreas geográficas en sus oportunidades en el acceso a la información y a las tecnologías de la comunicación y en el uso de Internet” (Lago Martínez, A. Marotias, L. Marotias y Movia, 2006: 14-15) A partir de allí, tanto los gobiernos estatales como los organismos multilaterales (ONU, Banco Mundial, BID, entre otros) han dedicado grandes esfuerzos para reducir dicha distancia mediante la facilitación del acceso de las poblaciones menos favorecidas a la sociedad de la información. En la mayoría de estos planes la cuestión de la “Brecha Digital” es definida básicamente en torno a dos dimensiones generales: el acceso a la infraestructura y el desarrollo de las competencias técnicas necesarias para utilizar estas tecnologías, quedando relegado un enfoque cualitativo sobre el uso y la orientación que cada grupo social pueda imprimirle a los recursos brindados. De esta forma, al analizar la cuestión de la “Brecha digital” se tiende a reducir la cuestión a los problemas de conectividad y de capacitación técnica; es decir, a los límites socio-económicos (la brecha de primer orden) y a los límites educativo-culturales (la brecha de segundo orden). Sin embargo, resulta inexistente todo tipo de debate en torno a la orientación que deberían asumir el empleo de las TIC y, consecuentemente, las políticas tendientes a garantizar su acceso. Naturalizado el “qué”, esto es, la inclusión acrítica en la “inevitable” sociedad de la información, se elude cualquier discusión

acerca del “para qué” fomentar el acceso a las TIC. En consecuencia, no resulta extraño que estas políticas engeñecidas en el mejoramiento de un indicador no sólo pierdan el horizonte sino también el contacto con las realidades socio-culturales donde son aplicadas.

Desde nuestra perspectiva, miramos con desconfianza la noción de brecha digital; una desconfianza con un triple basamento: empírico, teórico y político. En primer lugar, por un lado, los datos empíricos sobre la evolución del acceso van sostenidamente refutando el primer orden de la brecha digital. La masificación del acceso a las TIC, sobre todo al teléfono celular, es cada vez mayor. Como veremos, los cibercafés desarrollan un inesperado rol socializador de las TIC entre los jóvenes de clases populares. Por otro lado, es cierto que la llamada brecha de segundo orden, es decir, las distancias en las competencias técnicas, continúa teniendo un peso significativo en la segmentación desigual entre los usuarios, cuestión que no es más que la reproducción de una brecha analógica existente. Sin embargo, esta dimensión que afecta sobre todo a los adultos de clases populares, es en cierta forma burlada mediante el uso indirecto como veremos en la próxima sección. En segundo lugar, más allá de estas rectificaciones empíricas, nuestro cuestionamiento a la noción de brecha digital es de índole teórico. La cuestión central pasa por aquello que la noción ignora y oculta, es decir, la dimensión significativa de las TIC. De allí que se preocupe por el acceso y no por la apropiación. La noción comúnmente difundida de la brecha digital no se pregunta por los sentidos de los usos, esto es, por la capacidad de innovar las aplicaciones, de activarlas de manera autocrítica y no meramente operativa, de hacer propias las potencialidades, de interpretarlas para sus propios propósitos e incorporarlas de manera tal que resulten socialmente relevantes para ese grupo social. ¡Es justamente en este aspecto donde las diferencias se hacen más notorias más allá de los datos sobre el acceso! Es por todo ello, que preferimos hablar de apropiación desigual y no en términos de brecha a la hora de analizar la experiencia de las clases populares con las TIC. Las dimensiones del acceso y de los usos/aplicaciones concretas no sirven de nada si no se las aborda subordinándolas al estudio de la dimensión simbólica. Así finalmente llegamos a la refutación de orden político. Los análisis centrados en la cuestión de la brecha digital trazan la línea de demarcación y se ocupan de estudiar las prácticas tecnológicas únicamente de los “incluidos digitales” negando toda capacidad de operación material y simbólica en torno a las TIC por parte de los “excluidos digitales”. Pues bien, contrarios a esa visión miserabilista, nuestro interés reside justamente en poner la lupa sobre los marginados de la divisoria digital: ¿qué piensan sobre las TIC? ¿Qué significados les otorgan? ¿Cómo interpretan interrelacionadamente su posición social y las potencialidades tecnológicas? ¿Por qué las encuentran o no socialmente relevantes y qué acciones toman en consecuencia? Sin ser desmedida e ingenuamente optimistas respecto a lo que

podamos encontrar (no se trata de alucinar resistencias por cualquier lado antes de buscarlas) pretendemos poner el foco en la agencia de estos sectores, darles algo de luz a sus acciones justamente allí donde se presume que no tienen nada que hacer.

4. Conclusiones e interrogantes.

Teniendo en cuenta las definiciones conceptuales trazadas y la perspectiva asumida para abordar los procesos de apropiación desatados en torno a las TIC por las clases populares argentinas, platearemos a continuación algunos interrogantes problematizadores de nuestra investigación específica centrada en la experiencia de apropiación tecnológica en las Organizaciones de Trabajadores Desocupados argentinas. Nos interesa abordar la dimensión simbólica de los accesos y usos que las Organizaciones de Trabajadores Desocupados le otorgan a las TIC. ¿Qué sentidos les hacen las TIC a estos movimientos y a sus integrantes? Es decir, nos preguntamos qué agrega la acción colectiva en estos procesos si se los compara con las experiencias de las clases populares no movilizadas. En el caso de que realmente las TIC les resulten socialmente necesarias para sus luchas y reivindicaciones, nos preguntamos qué hacen las Organizaciones de Trabajadores Desocupados para superar las barreras interpuestas por la llamada brecha digital en términos de acceso, usos y representaciones: ¿permite esta acción colectiva alterar la dirección y el ritmo de propagación de las TIC pronosticado por Castells? ¿Les brinda a sus integrantes mejores posibilidades para acceder a las computadoras y a Internet? ¿Los vuelve más habilidosos en el uso de estas herramientas? Y más importante aún, ¿habilita cambios en la construcción subjetiva de los trabajadores desocupados que les permita percibirse como capaces de operarlas e imprimirles sentidos propios? En síntesis, podemos traducir lo anterior en términos de la correlación de desigualdades antes mencionada: ¿luchando contra las brechas analógicas logran las Organizaciones de Trabajadores Desocupados trastocar la llamada brecha digital?

Bibliografía

- Bauman, Z. (1999) *La Globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M. (1998) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol.1. La Sociedad Red*, Madrid: Alianza.
- Castells, M. (2007) *Comunicación móvil y sociedad*, Madrid: Ariel/Fundación telefónica,
- García Canclini, N. (2004)
- Hine, C. (2004) *Etnografía virtual*, Barcelona, Editorial UOC.
- Lago Martínez, S., Marotias, A., Marotias, L. y Movia, G. (2006) *Internet y lucha política. Los movimientos sociales en la red*, Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Sassen, S. (1999) *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio, Buenos Aires*, EUDEBA.
- Thompson, J. (1998) *Los media y la modernidad*, Barcelona: Paidós.